

la primera con una hermana de Conrado Lanza, deudo de Doña Constanza, mujer del Rey Don Pedro; la segunda con una hija de Don Berenguer de Entenza; y su descendencia, enlazada á las primeras casas de Aragon y Cataluña, todavía dura conservando entre sus apellidos el nombre ilustre del Almirante. Si á pesar de haber nacido fuera de España, y ser su linaje extranjero, le he colocado entre nuestros hombres célebres, es porque venido á Aragon desde muy niño, aqui se educó, se formó, se estableció; por Aragon combatió, y al frente siempre de fuerzas aragonesas: su pericia, sus combates, sus conquistas, su gloria, sus virtudes, hasta sus vicios mismos nos pertenecen.

## EL PRINCIPE DE VIANA.

El teatro de crímenes y sangre en que se hallaron los personajes pintados hasta aqui, se hacía menos horrible con la admiracion de sus hazañas, y el lustre de su gloria y su fortuna. Los mismos escándalos y mayores delitos se van á recordar ahora, con el desconsuelo de ver los talentos malogrados, los lazos de la sangre rotos del modo mas bárbaro y mas vil, la virtud perseguida y sacrificada, la injusticia triunfante; y al escribir la vida del desdichado Príncipe de Viana, no pudiendo contenerse en la indiferencia histórica, la pluma se baña en lágrimas, y el estilo se tiñe con los colores que le prestan la indignación y el dolor.

Nació en Peñafiel á 29 de mayo de 1421, de Don Juan, Infante de Aragon, y Doña Blanca, hija y sucesora de Carlos III, Rey de Navarra, lla-

AUTORES CONSULTADOS: Zurita. — Aleson, continuation de los Anales de Navarra de Moret. — Mariana. — Historia de Poblet. — Crónicas de Don Juan II y Don Enrique IV de Castilla. — Nicolas Antonio. — Varios manuscritos auténticos del tiempo comunicados al autor.

mado, por la excelencia de su carácter, *el Noble*. Ardía en aquella sazón Castilla en guerras civiles, atizadas por la ambición de los Grandes, que viendo la flaqueza y la incapacidad de Juan II, querían á porfía apoderarse de la administración y del gobierno. El Infante hacía un papel muy principal en estas discordias, aunque por entonces favorecía el partido al parecer mas justo, que era el de la corte. Aragon sufría la calamidad de la guerra, que sostenía su Rey Don Alonso, en demanda del reino de Nápoles. Francia se hallaba desgarrada con sus divisiones intestinas, y la invasión de los ingleses. Solo el pequeño estado de Navarra gozaba de una profunda paz, debida á la prudencia de su Rey, y á la habilidad con que había sabido granjearse el amor de las potencias vecinas, sin chocar jamás con ninguna. Carlos, su nieto, que, según los pactos matrimoniales ajustados entre Doña Blanca y Don Juan, había de criarse en Navarra, fué llevado á ella por su madre, y puesto bajo la tutela y la educación de su abuelo. Un año había cumplido entonces; y el Rey, que tenía puesta en él toda la esperanza de su sucesión y de la felicidad del estado, quiso condecorarle como su heredero, y erigió en principado el estado de Viana, para que fuese de allí en adelante el título y patrimonio de los primogénitos de Navarra. Institución que fué aprobada en cortes generales del reino, celebradas en Olite, al mismo tiempo que el niño jurado solemnemente heredero y Rey

1422.

de Navarra para después de los días de su abuelo y su madre Doña Blanca.

Don mas augusto y mas grande que el del principado fué la excelente educación que recibió; y que si bien no pudo completarse en vida del Rey anciano, fué seguida bajo el mismo plan por su virtuosa madre. Todo contribuyó á ello: ejercicios varoniles; máximas de virtud; estudios á propósito para enriquecer su entendimiento y formar su corazón; sobre todo el espectáculo de un reino tranquilo y floreciente, bajo una administración sabia y moderada. El fruto que se sacó de estos desvelos fué grande en los adelantamientos del Príncipe, cuya conducta y escritos son una insigne prueba de ellos; pero las esperanzas que los pueblos pudieron prometerse, fueron tristemente anegadas en la borrasca de sus desventuras.

Era aun muy niño cuando murió su abuelo; mas el fallecimiento de su madre le cogió ya en la edad de veinte y un años cumplidos. Nombróle por heredero suyo universal en los estados de Navarra y de Nemours, según le competía de derecho, y estaba pactado en las capitulaciones matrimoniales de su desposorio con Don Juan: mas le rogó, que para usar del título de Rey tuviese por bien tomar la bendición y consentimiento de su padre. Había muerto Doña Blanca en Castilla, y por su ausencia era el Príncipe Gobernador del reino, encargo en que quedó después con beneplácito de Don Juan. Sus despachos de aquel tiempo

manifiestan que el Príncipe, conformándose con los deseos de su madre, se intitulaba en ellos Príncipe de Viana, primogénito, heredero y Lugarteniente por su padre: particularidades que aunque parecen demasiado menudas en la historia, son sin embargo necesarias para sentar la justicia del Príncipe en las divisiones que despues se siguieron; viéndose por ellas que su moderación y su modestia fueron siempre iguales á su derecho.

Dejaba Doña Blanca al tiempo de su muerte, demas del Príncipe de Viana, una hija de su mismo nombre, casada con el Príncipe de Asturias Don Enrique; y otra llamada Doña Leonor, que casó con Gaston, Conde de Fox. El padre de todos estos Príncipes Don Juan, había empleado casi todo el tiempo de su matrimonio en guerras intestinas dentro de Castilla, en cuya corte queria mandar solo. Pudo á los principios conseguirlo, cuando contra su mismo hermano Don Enrique favoreció el partido del Rey: mas despues que se alzó con la privanza y el poder Don Álvaro de Luna, hombre que no cedia á ninguno de aquella época en valor, en astucia y en orgullo, el Rey de Navarra no logró con sus sediciosos esfuerzos otra cosa que hacerse aborrecible en todas partes. Los castellanos se quejaban porque no se iba á mandar y gobernar en sus estados; y los navarros se resentian de tener que contribuir para sus empresas, de ningun momento ni utilidad para ellos.

Cuando murió su mujer, la guerra civil se hallaba algo apaciguada en Castilla; y Don Juan y sus parciales habian logrado el triunfo momentáneo de hacer salir de la corte al Condestable Don Álvaro de Luna. Para mayor seguridad se habian convenido todos en mantenerse en igual valimiento con el Rey: convencion absurda, contraria á lo que cada uno de ellos deseaba; é imposible de verificarse, atendida la flojedad y flaqueza de Juan II, el cual era incapaz de mantener su favor en un equilibrio prudente. Advirtió el Rey de Navarra que el Almirante de Castilla Don Fadrique Enriquez adelantaba en la confianza del Rey, y como ambicioso empezó á odiar aquel estado de cosas, recelando que Don Álvaro iba á volver al mando, ó que el Almirante iba á alzarse con él; y aunque este era parcial suyo, ya le miraba con los ojos de un cortesano desgraciado, y le reputaba delincuente porque el Monarca le favorecia. El Conde de Castro, su amigo y gran confidente, viéndole desabrido y ocupado de estos pensamientos, despues de manifestarle la injusticia de sus sospechas contra el Almirante, que siempre le habia sido fiel, para acabarle de sosegar le dijo: que si queria asegurarse enteramente, estrechase los vínculos que le unian con aquel caballero; y puesto que Doña Blanca era muerta, y concurrían en Doña Juana Enriquez, hija de Don Fadrique, todas aquellas prendas que podria imaginarse para un enlace digno, la pidiese en casamiento á su pa-

dre; y de este modo el nudo de su amistad y alianza sería indisoluble.

No bien fué dado el consejo cuando se puso en ejecucion; y un Rey de Navarra, Lugarteniente al mismo tiempo por su hermano en los estados de Aragon, y heredero presuntivo de ellos, despues de hacer en la corte de Castilla el papel de un cortesano intrigante, buscaba la hija de un particular en apoyo de sus pequeñas miras y de su ambicion subalterna. El matrimonio se efectuó; pero ni el Almirante ni Don Juan consiguieron de esta alianza el fruto á que aspiraban: porque, vuelto Don Álvaro de Luna á la privanza, y asistiéndole la mayor parte de los Grandes, los Infantes de Aragon fueron vencidos en la batalla de Olmedo; y Don Enrique muerto de sus heridas, y el Rey de Navarra huido, perdieron de una vez sus estados y su autoridad en Castilla.

Gobernaba entretanto el Príncipe de Viana el reino de Navarra, que disfrutaba de la felicidad consiguiente á los sabios y moderados principios establecidos por Carlos el Noble. Alguna vez llegaban á él las chispas de la guerra que se hacía en Castilla, pero eran desvanecidas al instante; y aunque en el año de 1451 el Rey de Castilla y su hijo Don Enrique entraron poderosamente en Navarra, y sitiaron la ciudad de Estella; el Príncipe, cuyas fuerzas no eran bastantes á resistir á castellano, tomó la resolucion de irse desarmado á sus reales, y habló á padre y á hijo con tal per-

suasion, manifestándoles la injusticia de aquel procedimiento en la larga union que habia entre los dos estados, que ellos, convencidos de su razon, y movidos de su elocuencia, alzaron el sitio de Estella, y se volvieron á Castilla. No falta quien dice que esta condescendencia tuvo otro fin mas político y profundo; y que Don Álvaro de Luna, deseoso de librarse de los continuos tiros que hacia á su poder el Rey de Navarra, quiso darle en qué entender en sus propios estados, para quitarle la ocasion de venir á inquietar los agenos; y que hizo unirse estrechamente al Rey y Príncipe de Castilla con el de Viana, inspirando á éste desconfianzas hácia su padre, ó abultando las quejas que ya tenia de él.

Los sucesos que siguieron dan verosimilitud á esta presuncion. El Rey de Navarra estaba muy malquisto de sus naturales; ellos eran los que sostenian la mayor parte de los gastos á que le obligaban las continuas empresas de su genio turbulento; ellos sufrieron el amago y aun los golpes de la venganza castellana; y pareciales que nada debian á un Rey, que sacrificaba su provecho y su quietud al interés de lo que deseaba en Castilla. Sentian, que segun lo pactado anteriormente entre los Reyes y con el reino, no hubiese ya entregado el dominio y la autoridad real en poder de su hijo, á quien competia por edad, por mérito y por derecho: por último, habian llevado muy á mal que se hubiese casado con la hija del Almirante,

sin haber dado cuenta de ello ni á su hijo ni al reino; y murmuraban que ningún respeto ni contemplaciones debian á un Rey extraño, que no tenia por aquel estado atencion ni amor alguno.

Estas centellas de descontento tomaron la fuerza de un volcan, cuando la venida de su mujer á Navarra, con título de Gobernadora en compañía del Príncipe. *¿Con qué derecho, decian, nos envía una mujer extraña á que nos mande, y hace esta injuria á su hijo, que ha gobernado tantos años con tal prudencia y acierto?* Los modales de la Reina, que en vez de ganarse las voluntades con la afabilidad y dulzura propias de su sexo, afectaba una arrogancia y un imperio, siempre odioso; pero mas á ánimos descontentos, acabaron de apurar la paciencia, y soplaron la llama de la sedición. Habia dos parcialidades en Navarra, la Agramontesa y Beamontesa, nacidas anteriormente de celos de privanza. Toda la autoridad y cuidado de Doña Blanca en el tiempo de su gobierno no pudieron extinguirlas, y se volvieron á encender de nuevo con mas furia que nunca, al darse la señal de la division entre padre é hijo. Habia sido ayo de Carlos, y principal consejero en su gobierno, Don Juan de Beamonte, Gran Prior de Navarra y hermano de Don Luis, Conde de Lerin y Condestable, casado con una hija natural de Carlos el Noble. Estos eran los gefes del bando Beamontés; mientras que los Agramonteses seguian por caudillo al Mariscal del reino Don Pedro de Navarra,

Señor de Agramont. Declaráronse los primeros por el Príncipe, y los segundos, por ser contrarios á aquel partido, favorecieron el del Rey. Dicese en prueba de ello que poco antes del rompimiento, saliendo el Príncipe un dia á caza, se encontraron con él Don Pedro de Navarra y su amigo Pedro de Peralta; y le dijeron: *Sepa V. A. que os conocemos por nuestro Rey y Señor, como es razon y somos obligados, y nadie en esto debe pensar otra cosa; pero si ha de ser para que el Condestable y su hermano nos manden y persigan; sabed, Señor, que nos hemos de defender con la mayor honradez que pudiéremos; porque nuestra intencion no es de faltar á V. A., sino defendernos de nuestros enemigos, que nos quieren deshacer.* A lo cual respondió el Príncipe: *Yo no entiendo que el Condestable y su hermano os procuren tanto mal como decís: no penseis en eso, que Dios dará remedio á todo, y proveerá que mi padre y yo conozcamos que sois tan fieles servidores como debeis.*

Rompieron en fin padre é hijo, queriendo el primero mantener en Navarra su autoridad soberana, como hasta entonces; y el segundo entrar en la posesion de ella como estaba convenido anteriormente. A cual de ellos asistia la razon no es necesario ya manifestarlo; pero siempre hubiera sido mas sano que el Príncipe no apoyase la suya con las armas; porque este partido tenia siempre el mal aspecto de la irreverencia, y el inconveniente y los escándalos de una guerra civil. El

Rey de Castilla y el de Aragon pudieran ser unos mediadores autorizados y poderosos para ajustar las diferencias; y él quizá hubiera adquirido la autoridad á que aspiraba, sin llegar á la extremidad de alzar el brazo contra su padre. Las fuerzas no eran iguales; pues aunque la mas sana parte de Navarra estaba por el Príncipe, casi todas las fortalezas, y el mismo estado de Viana, llevaba la voz del Rey, que desde que murió su mujer Doña Blanca, y mucho mas desde su segundo casamiento, habia tenido cuidado de entregar los castillos y las alcaldías á sus servidores mas fieles. Si á esto se añade la ventaja que le daban en la lucha su actividad, su artificio, y el largo uso que tenia de la guerra por sus alborotos en Castilla, se ve claramente que el partido mas justo no era el mas fuerte, ni sería tampoco el mas feliz.

Negóse el Rey á confirmar los conciertos que su hijo habia hecho con Castilla; y Carlos, ó que ya estuviese cansado de ejercer una autoridad subalterna correspondiéndole la soberana, ó que fuese arrastrado del partido beamontés, dió la señal de la guerra; y ayudado de los castellanos tomó á Olite, Tafalla, Aivar y Pamplona. Pasó despues con sus aliados á sitiar á Estella, donde estaba la Reina su madrastra. A su peligro voló el Rey, ayudado de las fuerzas de Aragon, y contando con las que le habia prevenido la parcialidad agramontesa; mas sin embargo, hallándose menos fuerte para entrar en batalla, se volvió á Aragon por

nuevos refuerzos, encargando á los suyos que entretuviesen mañosamente á los contrarios. *Engañó á Don Carlos*, dice Mariana, *su buena, sencilla y mansa condicion*: creyó que la ida del Rey á Aragon era para no volver tan presto: detestaba la guerra; y tal vez no queria hacerse odioso á los navarros teniendo por mas tiempo en el reino tropas castellanas. Estas, á persuasion suya, levantaron el sitio, y se volvieron á Burgos; á tiempo que el Rey, nunca mas activo que entonces, despues de haber juntado con increíble celeridad las fuerzas que tenia en Aragon, volvió prestamente á Navarra, y se puso sobre Aivar, con intento de tomarla.

Acudió el Príncipe á socorrerla, y sentó su campo á vista del de su padre. El Rey quiso dar luego la batalla para impedir que se engrosase el ejército enemigo, á quien llegaban por momentos nuevas compañías. Pusieronse unos y otros en órden de pelear, cuando algunos eclesiásticos; conociendo la abominacion de semejante contienda, hicieron aquella vez el papel que correspondía á su ministerio; y á fuerza de súplicas, de ruegos y amonestaciones pudieron traer á concierto los ánimos de los combatientes. Dió al instante el Príncipe oídos á la composicion; y propuso á su padre una concordia concebida en los términos siguientes: que recibiese en su gracia á él y á los suyos: se le restituyese el principado de Viana y sus fortalezas, y á los de su partido los lugares y

villas que los contrarios les hubiesen usurpado: que él había de quedar en su plena libertad, y en la de disponer su casa como le pareciese: que había de gobernar el reino, como hasta allí, en las ausencias de su padre: que aprobase éste los conciertos hechos con Castilla; y se le diese tiempo de avisar á su Rey de esta nueva concordia.

No eran estas seguramente proposiciones de un rebelde; puesto que en ellas se dejaba al padre toda la autoridad soberana, por la cual se contendía. El Rey condescendió con algunas, negó y modificó otras, y al cabo el Príncipe, por amor de la paz, cedió á todo; y dijo que como su padre le recibiese en su gracia, volvería con todos los suyos á su obediencia. Firmóse la concordia primero por él, y despues por el Rey; juróse solemnemente; y á pocas horas de haberse jurado, los dos ejércitos vinieron á las manos. Cual fuese la causa de esta revolucion tan repentina y tan escandalosa no se sabe; aunque se hace verosimil la sospecha de Alonso, que conjetura que en la enemistad que se tenían las dos parcialidades, no es de extrañar saltase alguna chispa que causó aquel incendio, sin que ni hijo ni padre pudiesen contenerle. Por mucho tiempo tuvieron ventaja los del Príncipe. Su vanguardia encontró tan furiosamente con la del Rey, que aunque compuesta de sus mejores batallones, le fué forzoso ciar. Pero hallábase en ella Rodrigo de Rebolledo, camarero mayor de Don Juan, hombre de un esfuerzo extraordinario, acre-

ditado ya en otras ocasiones. Este se mantuvo peleando, á su ejemplo los fugitivos cobraron el valor perdido, y volvieron á la pelea. Huyeron de su encuentro los ginetes andaluces que habian venido al socorro del Príncipe; y él, viéndose arrancar de las manos la victoria, redobló su esfuerzo y osadía, y atacó con los que le acompañaban el batallón en que estaba su padre. Ya se hallaba éste acosado, y próximo al peligro de venir á manos del Príncipe, cuando su hijo natural Don Alonso de Aragon voló á socorrerle, y acometiendo por un costado con treinta lanzas á los beamonteses, que ya se juzgaban vencedores, los rompió, y dió lugar á los realistas para que los desbaratasen, y ganasen la victoria. El Príncipe hostigado á rendirse, no quiso hacerlo sino á su hermano Don Alonso, á quien dió el estoque y una manopla, que el otro recibió apeado del caballo, y besando al Príncipe la rodilla.

El padre irritado no quiso verle; y él tenia la imaginacion tan herida, que temia le diesen veneno en la comida; y ni en el real, ni en el castillo de Tafalla, adonde fué llevado, quiso probar bocado alguno si antes no le hacía la salva su hermano. Con este rigor de la una parte, y tales sospechas de la otra, los ánimos se enconaban mas por momentos; y todos los medios de concordia parecian imposibles. Era signo de aquel tiempo feroz ser condenado á ver el espectáculo de estas guerras parricidas. El Príncipe de Castilla trataba

<sup>23 de octubre de</sup>  
1452.

de quitar por fuerza la gobernacion á su padre; el Rey Carlos de Francia estaba en lid abierta con su hijo, el que fué despues Luis XI; y Navarra vió darse la batalla de Aivar en su recinto.

Ganada esta victoria, el Rey partió á Zaragoza, donde le llamaba el cuidado de las cortes de Aragon, que iban á celebrarse allí. En ellas se determinó que se nombrasen cuarenta diputados de los que asistieron entonces, y que estos interviniesen en la expedicion de los muchos y graves negocios que en aquella sazón ocurrían: acuerdo molesto á Don Juan, porque conocia la oposicion que en ésta comision hallaria para sus miras ambiciosas. Ningún asunto mas gravé que las discordias de Navarra, y la prision de Don Carlos: sus parciales, en vez de desmayar con aquella desgracia, tomaron fuerzas de su misma indignacion, y ayudados del Príncipe de Asturias, sóplaban con mas fuerza el fuego de la guerra civil: se apoderaron de varios lugares, y acometieron las fronteras de Aragon. Lo mismo amenazaba por su parte el Rey de Castilla; de modo que los cuarenta diputados trataron seriamente de concordar las cosas de Navarra, para latajar el incendio que iba apresuradamente entrándose por su casa. A estas razones politicas se allégaba tambien la commiseracion natural que inspiraba el rigor del Rey con el Príncipe prisionero. Del castillo de Tafalla fué llevado al de Mallen, de Mallen al de Monroy; sin que el rencor sospechoso de su padre le creyese

asegurado en parte alguna. Los ánimos mas templados se ofendian y murmuraban viendo al Príncipe propietario de Navarra; heredero presuntivo de los estados de Aragon, y joven de tan grandes esperanzas por sus virtudes y sus talentos, conducido de prision en prision como un vil criminal.

La primera demostracion que los cuarenta hicieron de su disgusto y de su resolucion, fué hacer jurar á las tropas que juntaban para hacer la guerra en las fronteras, que no asistirían al Rey Don Juan en la oposicion á su hijo: *Si, vos, como Rey de Navarra, le decian, y Lugarteniente de Aragon, teneis dos guerras, nosotros no queremos tener mas que una, y nos basta la de Castilla:* Despues, sabiendo que todas las fuerzas de este reino se juntaban para entrar en Navarra, y favorecer el partido beamontés, formaron los capítulos de una concordia por la cual se habia de poner al Príncipe en libertad: se le entregaba su estado de Viana: él habia de rendir á su padre á Pamplona y Olite, que seguían su voz: las rentas del reino se dividirían entre ambos: todas sus diferencias se ponían en manos del Rey de Aragon, que se hallaba en Italia: demas de esto el hijo debia disponer su casa á su gusto, y habia de concederse perdon recíproco á los parciales de uno y otro bando.

El Príncipe firmó este convenio: el Rey, aunque le firmó, hizo limitaciones que no agradaban á su hijo; tales eran la de que no habia de ir sin